

RETEN LO QUE TIENES

Rev. A. J. Moggré

"Por cuanto has guardado la palabra de mi paciencia, Yo también te guardaré de la hora de la prueba que ha de venir sobre el mundo entero, para probar a los que moran en la tierra. He aquí, Yo vengo pronto; retén lo que tienes, para que ninguno tome tu corona" (Apocalipsis 3: 10-11; cf. 1: 3 y Ti. 1: 18-19).

Muchos cristianos han crecido y luego se han desarrollado con la Biblia. En una fe incipiente y progresiva han aprendido a conocer y profesar los libros del Antiguo y Nuevo Testamento como la indivisible y saludable Palabra de Dios, inerrante y fiable. En esa fe, tienen por incotrovertible que Dios mismo les habla en la Sagrada Escritura y experimentan cómo el SEÑOR en Su Palabra, les aconseja, avisa, enseña, consuela y llena de esperanza; y así han aprendido en su propia vida a gozarse con el salmista:

"La ley de Jehová es perfecta, que convierte el alma; el testimonio de Jehová es fiel, que hace sabio al sencillo" (Sal. 19: 7).

En el trato con las Escrituras, éstas se te hacen Palabra de Dios salvadora y liberadora, Su compás y brújula fiable para la vida; y *con* y *por* y *en* la Biblia el Espíritu de Cristo ha hecho conocer para salvación de muchos el único Nombre que bajo el cielo ha sido dado a los hombres, y les ha unido estrechamente a Cristo (cf. Hechos 4: 12).

Si ahora me preguntas cómo ocurrió todo esto, no tengo otra respuesta que la del mismo Jesús al curioso Nicodemo: "El viento sopla de donde quiere, y oyes su sonido; mas ni sabes de dónde viene, ni a dónde va" (Jn. 3: 8). Y es que en la convocación de la iglesia existe un misterio divino; pero, en todo este secreto acontecer, una cosa es indubitable y clara: no sucedió fuera de las palabras y expresiones de apóstoles y profetas. El Señor lo hizo por Su Espíritu y Palabra.

El abrió el corazón de Lidia de forma que pusiera atención a lo que Pablo decía, y lo aceptó no como palabra de hombres, sino como lo que realmente es: como Palabra de Dios (cf. Hch. 16: 14 y 1 Te. 2: 13). Así es como generaciones llegaron a la fe, y tú aprendiste a amar los relatos de los escritores de la Biblia y honrarlos como los testimonios fiables de Dios, como palabras y frases y textos inspirados por El, y puestos por escrito bajo el impulso del Espíritu Santo. A este respecto, recuerdo una famosa y conocida expresión de Hermán Bavinck:

"Quien niega la inspiración (= theopneustos) y menosprecia la Escritura, también pierde en una



Joven leyendo las Escrituras, por Rembrandt

gran medida la Revelación y no le queda otra cosa que escritos humanos".

La iglesia de Cristo vive en las Escrituras. Las aprendió a conocer y confesar como la propia Palabra de Dios, de manera que a nadie extrañará que se opusiera y se oponga a todos los intentos por despojar a la Biblia de su carácter divino. También quiso ignorar la introducción de distinciones en las Sagradas Escrituras, por las cuales la Palabra de

Dios era dividida en dos o más partes, de tal manera que se pudiera hablar independientemente de lo divino y humano de las Escrituras como datos sin intercorrelación alguna. Asimismo y con toda razón la iglesia cristiana rechazó distinciones entre lo esencial -a lo cual hay que considerar divino y fiable-, y lo no-esencial o secundario -a lo cual puede calificárselo de humano y fiable. Con tal excisión de la Biblia se entra en el camino de la especulación; pues, no encuentra apoyo alguno ni en el testimonio de la misma Escritura ni en la formación de Cristo frente a SU Biblia: el cañón del Antiguo Testamento. ¿Acaso no dijo que la Escritura no puede ser quebrada y asimismo calificó a Su Biblia con el plural "las Escrituras", así como con el singular "la Escritura"? Los libros de la Biblia forman una unidad y no se contradicen; pues son una unidad en el mismo y único autor, Dios, el Espíritu Santo.

Distinciones como las mencionadas no hacen progresar a la iglesia en el conocimiento de su Padre celestial, sino que más bien la apartan del recto conocimiento de El. Enseñada por el apóstol Pablo le incumbe permanecer reconociendo que cada palabra de (= toda la) la Escritura es inspirada por Dios... (cf. 2 Ti. 3: 16).

Además, las mencionadas distinciones parecen no tener consistencia frente a la cuestión respecto a los criterios. ¿Quién tiene la pauta para juzgar si algo es esencial y de origen divino, o por otra parte accesorio y propio del hombre? ¿Quién determina dónde se halla la frontera entre lo que se anuncia como historia, pero no lo ha sido, y lo que debe tener validez como históricamente fiable? ¿Tiene alguien oficialmente la competencia de aclararnos esto? ¿A qué científico o estudioso -pues los

impuestos en la materia no siempre están de acuerdo entre ellos, y un mismo entendido dice hoy una cosa que con el tiempo niega-, repito, a qué científico y en qué época le debemos escuchar?

Donde así andan las cosas y la iglesia de Cristo desde su niñez ha crecido y se ha desarrollado con las Sagradas Escrituras, a nadie le parecerá extraño que la lucha en torno a la Biblia y su carácter divino siempre le hayan atraído su máxima atención. Las acometidas contra el reconocimiento de su autoridad divina la afectaron profundamente y siempre la hirieron; pues ama a las Escrituras como su tesoro más valioso (cf. Salmo 119: 127), porque página a página las tiene como la propia Palabra de Dios. De ahí que nosotros a esos ataques y a cualquier forma de sabotaje de la autoridad divina de la Biblia los experimentos como una pena dolorosa y punzante.

¿Acaso la iglesia de Dios se dejará arrebatar este tesoro? -¡Jamás! Antes al contrario, se deberá saber llamada a oponerse en el momento en que se da cuenta que el carácter divino de la Palabra de Dios es menospreciado o negado; y hará bien en permanecer fiel a lo que las iglesias de la Reforma siempre han confesado de conformidad con la propia Palabra de Dios:

"Únicamente a todos estos libros aceptamos por sagrados y canónicos, para regular nuestra fe según ellos, para fundamentarla en ellos y con ellos confirmarla. Y creemos sin duda alguna todo lo que está comprendido en ellos; y eso, no tanto porque la iglesia los acepta y los tiene por tales, sino sobre todo porque el Espíritu Santo nos da testimonio en nuestros corazones, que son de Dios; y porque también tienen la prueba de ello en sí mismos; cuando advertimos que los ciegos mismos pueden palpar que las cosas que en ellos se han predicho, acontecen" (cf. Art. V de la Confesión Belga).